

# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

**E**n este curioso Tranco nuestro autor, el maestro Bracho, nos presenta una narración que por su estructura lo podemos catalogar como un cuento. Pero, en fin, todas las colaboraciones del autor, para nosotros, este tres veces ilustre y tres veces H. Consejo Editorial, son cuentos, narraciones que nos llevan de la mano por el mundo de los sueños. ¿O serán realidad? No lo sabemos a ciencia cierta, pero si fueran historias que están inscritas en el mundo de lo cotidiano, pues qué mejor. Pero leamos lo que este Tranco encierra:

Caminaba presuroso por las calles de Salt Lake City. Las nubes negras y el aire y el ambiente y un ruido sordo venido de las alturas presagiaban una

tormenta como quizá en decenas de años no se hayan visto por este lugar. Sí, a pocos kilómetros del centro de la ciudad, esas nubes se movían y formaban un concierto de truenos y rayos. El embudo ominoso se presentaba en el horizonte. Todo el mundo que a esa hora caminaba por la calle, como yo lo hacía, desapareció como por arte de magia. Todos corrieron a los sótanos de sus casas, otras se metieron raudos y veloces a los refugios de algunas iglesias, o a ciertos sitios seguros. En fin la locura por el meteoro era manifiesta dado que en muchos, muchísimos años no se había visto por estos lares un Tornado, que eso era precisamente lo que a la distancia se gestaba, o más bien, ya era un hecho el que la furia de la naturaleza azotara sin piedad y con toda su fuerza a los habitantes, casas, edificios de este lugar. Total, yo, tratando de salvar el pellejo, corrí con rumbo al hotel en donde me alojaba, pero ya las rachas, las ventiscas violentas

estaban casi sobre mi espalda. En el jardín de una mansión por la que pasaba yo en mi huida, se veía la clásica estructura de un refugio, ni tardo ni perezoso salté la pequeña barda –no era tiempo para convencionalismos, ni para tocar el timbre de la casa–, abrí la compuerta y cuando ya me “jalaban” los remolinos, cuando ya los trozos de tejas, de láminas volantes y demás objetos del demonio que andaban ya por todos los rumbos del caserío y amenazaban con acabar con mi vida, entré y cerré con fuerza aquél sitio salvador. Respiré, hondo y profundo, como decía Malgesto. Me repuse de la agitación inesperada, y entonces empecé a descubrir el lugar y a ver qué era lo que estaba a mi alrededor: había una luz de un foco, el espacio tenía unos cuatro metros cuadrados, allá una alacena, por acá un refrigerador, una litera, cobertores y garrafones de agua. Todo en perfecto orden. Al fondo, estaba

algún cubículo más. Una pequeña puerta permanecía entreabierta y por la rendija salía una luz. Lógico era suponer que uno o más habitantes de la casa estaban allí, a salvo de la tormenta. Yo era un intruso. Tosí. Y pregunté si había alguien allí, que por favor entendiera que mi única salvación había sido el meterme, sin permiso, claro, a ese lugar, porque ya no tenía otro chance de salvar el pellejo. Silencio. A pesar del estruendo exterior, una música (unos adagios) se podían escuchar. Sí, tenía razón quien eso escuchaba, afuera el ruido infernal, la locomotora apocalíptica, el azote de las ramas, de los guijarros, de los botes, el zumbido incontenible del aire. El Tornado en su apogeo. Y aquí la paz, la tranquilidad, el reposo, la calma. Toqué tres veces. Nada. No había respuesta. Abrí un poco más la puerta. Estaba ante algo inusitado: una mujer joven, como debe suceder en las mejores novelas de entrega



Carlos Bracho

mensual; era bella, con un pelo largo, castaño claro, unos “shorts” de mezclilla dibujaban sus bien torneadas piernas. Estaba recostada en un sillón. Un vino tinto refrescaba su boca. Me miró. En su rostro había una como sonrisa, imagen que me recordó a Leonardo (no mi entrañable amigo Nierman, pintor y escultor de luces movedizas) sino al casi florentino, el autor que ha llenado nuestra imaginación al darnos como legado inmarcesible su Gioconda, mujer fastuosa, ¿tímida? ¿Voluptuosa? ¿Inocente? ¿Vampiresa? Bueno, ahora, aquí, la joven y su sonrisa, su rostro tenía un parecido enorme al de la mujer inmortalizada por Da Vinci. En ese momento, el meteoro pasó por encima de nuestro refugio, el ruido fue ensordecedor, los golpes de los objetos marcaban un desenfreno del aire libertino. Y como si yo lo hubiera pedido la luz eléctrica se cortó de repente. La oscuridad era total. Los “malos” pensamientos cobijaron mi mente. ¿Sería yo capaz de “traicionar” la confianza de quien me tendía un manto protector? ¿Daría rienda suelta a mi infinito deseo que ya sentía de abrazar y besar a esta madonna, la que me daba asilo? Ella encendió una vela. Aquello fue el acabose, lo que yo tenía frente a mí, era a la Gioconda en persona, allí estaba la mujer extraña. Pero ahora era real, estaba presente de carne y hueso. Su sonrisa a medio esbozar y sus ojos que me miraban despidiendo luces de bengala lúdica. Lo único que recuerdo de aquella tarde asombrosa fueron los momentos culminantes: Cuando apagó la vela que parpadeaba, que lanzaba su luz incierta, como si la cera quisiera colaborar con el aquelarre. Cuando ella me tendió la botella del tinto libidinoso, cuando yo tomé de aquel líquido demoníaco, cuando ella bebió también, cuando nos acercamos. Cuando nuestros cuerpos, ya desnudos, ya sin bagajes, con la piel tibia discurrendo por entre las tinieblas de la otra piel.

Cuando los suspiros, leves al principio, aumentaron su volumen, su ritmo y su cadencia, el Tornado mío explotó incontenible. Ah, qué tarde de Tornados, el siniestro y destructor del exterior, el que llegó derribando techos y casas y volando autos por el cielo, y el otro, el Tornado que tuvo lugar en el refugio de aquella mansión. Pasó la tarde. Pasó la lluvia. Llegó la calma. Afuera el silencio aturdió los sentidos. Al llegar la aurora sentí un poco de frío. En el cubículo estaba yo sólo, dormitando. Sin abrir los ojos. Moví mi brazo, nadie. Sólo un hueco tibio. Su tibia ausencia, como diría Neruda. Me relajé. Pensé lo que había ocurrido. Acomodé lo mejor que pude todos mis pensamientos al respecto. Tenía todavía su sabor, el sabor de su boca, el sabor de su cuerpo. Por fin me atreví a abrir los ojos. El foco estaba prendido. El pequeño cuarto estaba sin rastros de la botella de vino tinto. Yo estaba cabalmente vestido. ¿Y ella? ¿Mi Gioconda? ¿La muchacha de la sonrisa inalcanzable? ¿La que me dio el refugio temporal? ¿La mujer que me tendió sus brazos y posó su boca en la mía? No quise hacerme más preguntas. Un temblor de algo llenó mi cuerpo. Me levanté. Abrí la tapa del refugio. Crucé el jardín de la mansión. La casa estaba cerrada. No había vestigio alguno de que alguien estuviera dentro. Tuve miedo de tocar a la puerta. Salí. Caminé por las calles. ¡Oh!, sorpresa grande. ¡Oh! Dioses. La ciudad de Salt Lake estaba intacta. Los autos circulaban como circulan cualquier día, los peatones caminaban cumpliendo sus tareas y sus rutinas. Los autobuses con el pasaje; los perros presurosos, el cartero dejando las novedades del familiar lejano. Los árboles, el cielo limpio, azul, las nubes blancas... ■